

## RESEÑA/ REVIEW

Lazos, Efraín (2014), *Disonancias de la crítica. Variaciones sobre cuatro temas kantianos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 254 páginas.

Este libro de Efraín Lazos, investigador del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la U.N.A.M., ofrece una renovada interpretación de *Crítica de la razón pura* de Kant, a la luz de las disquisiciones contemporáneas sobre la obra del filósofo prusiano y algunos de sus interlocutores actuales (Strawson, Guyer, Allison, Langton, entre otros). El texto está escrito de modo polémico y pedagógico, erudito y coloquial. Las argumentaciones que Lazos desarrolla sobre los temas kantianos que él ha elegido para inquirir la *Crítica* en su conjunto, tratan, según sus propias palabras, “de lo que Kant debió decir si hubiera querido evitar generaciones de interpretaciones sesgadas, sino de lo que efectivamente escribió ya en su momento” (Lazos, 2014: 187). Con esta observación preliminar, podemos entender que el afán de este libro no es conciliar las contradicciones y tensiones de la obra kantiana, sino atender a sus disonancias, hacerlas explícitas y en lo posible resolverlas. Pero en la lectura de este clásico de la filosofía, Lazos sabe que se enfrenta (y nos enfrenta) a un campo de prejuicios y preferencias que acompañan nuestra visión de la obra de Kant. Por ello, el autor nos hace oír las disonancias de la música trascendental del filósofo en la que se mezclan la propia ejecución – son los ecos de la crítica de la *Crítica* –, en una presentación de cuatro ensayos que, aunque autónomos, se desarrollan en el doble juego de mantener el sistema kantiano presentándolo fragmentariamente.

La primera variación titulada “Intuiciones y conceptos” comienza en el tratamiento del reconocido pasaje de la *Crítica*: “los pensamientos sin contenido son vacíos, las intuiciones sin concepto son ciegas” (KvV A 50/B 74). De esta proposición, que la tradición ha considerado trivialmente, Lazos hace una justa revaloración a lo largo de su libro del papel de la “Estética trascendental” frente a la “Analítica trascendental”, sin dejar de atender a lo que a ésta última le es propio. En esto resuena la disonancia entre una interpretación conceptualista de Kant, asumida por la tradición, y las capacidades cognitivas prediscursivas de la intuición (que lo acer-

carían a propuestas no tan rígidamente conceptualistas, como las de Brentano o Husserl). Para ello, Lazos acomete contra la noción de “representación” y desarrolla una distinción poco trabajada entre el contenido cognitivo y el contenido empírico que hay en ella y su relación con los conceptos e intuiciones, los que, siguiendo su argumentación, tienen una independencia psicológica y una complementariedad epistémica, por lo que, sostiene el autor, no es cierto que la intuición sólo contribuya al conocimiento a condición de que su contenido sea ya conceptual. Así, ahondando la subjetividad preconceptual kantiana llega, por ejemplo, a afirmar que no todas las representaciones conscientes son representaciones cognitivas y que no todas las representaciones cognitivas son conceptuales. Con ello, el primer ensayo nos da una idea de lo que será otro hilo conductor del libro: la referencia a los objetos que puedan tener o no las distintas representaciones, en la que Kant se muestra como un sano empirista en lo que respecta al valor epistémico de la intuición.

La segunda variación, titulada “La amenaza del idealismo”, que en palabras del autor es la más ambiciosa así como es la más extensa, desarrolla la tesis kantiana de la humildad epistemológica, que afirma que está vedado al conocimiento humano la cosa en sí. Ella debe recordarnos nuestra finitud y nuestros límites, lo que atenúa la fascinación y la exaltación de la revolución copernicana que Kant se jacta de promover: una nueva manera de entender el conocimiento humano. Pero ante esta tesis nos amenaza con un *nuevo* idealismo. Así, ante esta metafísica del conocimiento que parte de una tesis de la ignorancia genérica, Lazos busca combatir dicha amenaza, sobre todo por el ruido que provocan ciertas tesis del obispo Berkeley. El autor desenvuelve su análisis del asunto a partir de la idealidad del espacio y la tesis de la receptividad y el problema de la afección: para que el fenómeno sea cognoscible, debe afectarnos; más aquello que inicia nuestro proceso de conocimiento, que parece ser la cosa en sí, al afectarnos, nos sería cognoscible. Las tesis de la receptividad y de la humildad epistemológica se muestran contradictorias, pues tampoco se podría explicar la afección solamente desde los fenómenos, ya que ¿de qué afección estaríamos hablando si no hay nada que nos afecta por fuera de ellos? Así, Lazos nos lleva por la interminable rapsodia de la cosa en sí y los fenómenos, con todos sus bemoles. Para él, la tesis de la humildad kantiana debe seguirse de la tesis de la receptividad, para lo que recorre las variaciones de otros expertos en estos temas kantianos. Se detiene, particularmente, en Langtone, en el que encuentra una distinción fecunda entre lo extrínseco y lo relacional en

referencia a la tesis de la idealidad del espacio. Esa distinción de lugar a la resolución del problema, que, parafraseando al autor, sería la siguiente: ante la no espacialidad de las cosas en sí, ¿puede haber una explicación idealista de la humildad que no pase por el fenomenismo?

La tercera variación se titula “Kant ante el escepticismo cartesiano (*adversus philadelphicus*)”. En la segunda variación era Berkeley con su sinfonía del espacio como representación imposible; ahora es Descartes con la suya sobre la negación del mundo material. Lazos rechaza los argumentos de Guyer sobre el tema y nos persuade de que para resolver el problema del mundo externo, hay que arremeter contra el escepticismo cartesiano y darle un giro al *cogito* (renegando de su solipsismo). ¿Acaso no es posible ningún conocimiento empírico? Lazos interpreta que de ninguna manera Kant trivializa al escepticismo; justamente, hay que darle una respuesta contundente a tal postura que el filósofo prusiano considera como benefactora de la razón humana. Por ello, Lazos muestra cómo es que a partir de la sucesión temporal de la conciencia se justifica la existencia de objetos espaciales externos pretendidamente permanentes (para lo que expone sucintamente la teoría del correlato de Guyer). Pero la sugestiva tesis del autor afirma que Kant no aceptó el desafío del escepticismo, sino que lo esquivó adoptando la postura realista. En este sentido, el realismo empírico kantiano que contesta al escepticismo, no es un punto de partida, sino de *salida*.

Para lo dicho anteriormente, el autor, en su análisis del escepticismo cartesiano, debe deslindar el famoso argumento del sueño que Descartes preparó para la posteridad. Aquí se encuentran, creo yo, los argumentos y los pasajes más interesantes del texto; se desvía de los argumentos kantianos para detenerse en la ejecución de una variación cartesiana, para luego volver sobre los *exorcismos kantianos* de aquel escepticismo. Si bien Kant elogia los méritos del escepticismo, dice Lazos, le parece un escándalo de la razón que debe superarse. El filósofo prusiano se distingue del escepticismo en tanto que en su filosofía puede conocerse lo fenoménico y no lo nouménico. Pero aún así mantiene el problema de que aquello que conocemos pueda ser derivado de la subjetividad, es decir, mero conocimiento de la experiencia humana. Desde la lógica de la apariencia, el mundo externo sigue siendo un problema: hay un abismo insondable entre el mundo y nuestra representación del mundo. Pero Kant no le contesta al escepticismo respondiendo qué es la cosa en sí, sino que contesta con la afirmativa del conocimiento de los fenómenos. La idealidad de los fenómenos que dependen de la sensibilidad y el en-

tendimiento humano posibilita el conocimiento empírico y así la certeza de los fenómenos externos depende de la mente: percibir un objeto externo es percibir un objeto en el espacio, que es una representación *a priori* no discursiva, por lo que hay una intuición y no una inferencia. En esto, Lazos ve un realismo con premisas idealistas, lo que es conocido más propiamente como idealismo trascendental o realismo empírico. Y para terminar con esta tercera variación, el autor desarrolla la tesis de la interconexión en la que las representaciones están relacionadas, según él, en un conjunto vertical y horizontalmente, por lo que ningún engaño o equivocación puede ser general o sistemático, sino local: una representación puede ser falsa, pero no todas al mismo tiempo; es decir, cualquiera de nuestras creencias puede resultar falsa, pero de ello no se sigue que todas ellas puedan serlo. Con lo que aquí hay una nueva forma de contestar a las conclusiones escépticas.

La cuarta variación, titulada “El yo trascendental kantiano. Una defensa de la tesis de la abstracción” (este capítulo es una versión ampliada y corregida de “El yo trascendental kantiano: una defensa de la tesis de la abstracción”, en L.E. Hoyos y G. Duarte (eds.), *Immanuel Kant: vigencia de la filosofía crítica*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia/Universidad de Los Andes, 2007), se sumerge en la profunda música de la apercepción trascendental y sus distancias y cercanías con el *cogito* cartesiano. En ella, Lazos defiende que el yo trascendental debe entenderse como una abstracción útil de los contenidos del pensamiento de cualquier conciencia humana (propiamente, su tesis de la abstracción). Por tanto, la apercepción no es el concepto de un objeto sino el requisito general para ejercer la capacidad de reconocer particulares como miembros de una clase. En otros términos, parafraseando a Lazos: cómo es que tienen que estar organizados nuestros pensamientos para ser los pensamientos que son. Para esto, se acomete una separación entre el autoconocimiento particular (asidero de la experiencia externa e interna) y el general (el que justamente cancela Kant), ya que, según la tesis de la exclusión, el sujeto del pensamiento no puede identificarse con el mobiliario del mundo y debemos declarar nuestra ignorancia acerca de la naturaleza del sujeto de pensamiento. Por todo lo dicho, Lazos ve que hay dos maneras de tomar la tesis kantiana del yo: una crítica y terapéutica (la tesis de la abstracción que evita la problemática de la tesis de exclusión) y la metafísica y dogmática (que mantiene la problemática de la tesis de exclusión). Así es como el autor tensa la cuerda del instrumento que ejecuta la melodía kantiana de la apercepción y toma partido por la primera de

las variaciones anunciadas para la resolución del problema, pues afirma que “el yo pienso es una abstracción de los contenidos de conciencia de una persona o sujeto empírico, y de una abstracción no extraemos existencialmente nada” (Lazos 2014: 234).

Para finalizar, considero que resulta importante destacar que el libro está escrito con la justa amenidad para acometer la compleja obra kantiana y con la soltura de quien no pretende guardarse sus consideraciones. Hay cierta ironía intelectual que nunca llega a ser inmodesta y una precisión que deja ver la clara comprensión del asunto y sus posibles desenlaces. Lazos sabe que la ciudad kantiana sigue en construcción y no está exenta de la contaminación acústica que conlleva erigir sus edificios. Por ello, además del aporte teórico novedoso en sus propuestas y articulaciones a las problemáticas planteadas, no es menor reivindicar la amenidad en el modo de hablar sobre Kant que tiene este libro, que en ningún sentido pierde su rigor, sino que lo complementa, ante la, a veces, *experiencia imposible* de la obra kantiana. Con lo que también éste viene a ser una *crítica al tono de la razón pura*, que tiene sus bemoles y sus distintas tonalidades, que muchas veces dificultan su comprensión (a todo aquel que haya frecuentado a Kant le queda claro que su precisión tiende a ir en desmedro de su amenidad). El autor no viene a arreglar este obstáculo insalvable de la obra del filósofo de Königsberg, sino que lo interpela desde la claridad de su propia postura y sus interpretaciones, pues, como nos dice finalmente, cándido y locuaz en “Un epílogo, o los beneficios de la disonancia”, ya nostálgico ante la separación del mundo externo, el no conceptualismo, la humildad epistémica, la invulnerabilidad trascendental, la tesis de la abstracción, son todas opciones interpretativas, legítimas variaciones, con pleno sentido filosófico, de la música que nos ofrece Kant en su *Crítica*, la que Lazos está dispuesta a ejecutar.

NICOLÁS NAHUEL CARREA  
Facultad de Humanidades  
Universidad Nacional del Comahue  
[nicolascarrea@gmail.com](mailto:nicolascarrea@gmail.com)